



ESPERA EN EL SEÑOR (RETIRO DE ADVIENTO SOBRE LA ESPERANZA)

Espera en el Señor es el tema que he elegido para compartiros, sabéis que está en el Salmo 27, versículo 14, lo hemos rezado muchas veces: «*Sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor*». Y además, de decir eso, «*sé valiente*», nos hace caer en cuenta de que la virtud de la esperanza no es una virtud meramente pasiva, sino también es activa y además es meramente meritoria. Sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor.

Me voy a basar especialmente en la encíclica *Spe Salvi* de Benedicto XVI. Creo que es una joya. Yo creo que posiblemente en su magisterio, es de las joyas más preciosas. Sabéis que él publicó tres encíclicas, siguiendo la estela de las virtudes teologales: *Caritas in veritate*, *Spe Salvi* y *Deus caritas est*. Cada una de ellas seguía una de las virtudes teologales.

Comienzo por citar una frase de San Agustín, dice él: «Hay dos peligros grandes: vivir sin esperanza y vivir con una esperanza sin fundamento». Las dos cosas: o vivir sin esperanza o vivir con una esperanza sin fundamento son dos grandes peligros de la vida.

El primero: vivir sin esperanza, vivir en desesperación. Somos testigos de ello, de aquella conocida frase de Sartre: «El hombre es una pasión inútil». Fue especialmente el existencialismo francés el que encarnó esa postura de desesperación. Hay que decir que posiblemente no sea esta la opción mayoritaria de nuestros días. Pienso que quienes hoy en día se plantean eso de que el hombre es una pasión inútil, se hacen preguntas, se cuestionan que no es poco, una de dos, o llegan a la conversión o al suicidio; de estos tales hay pocos, de los que se cuestionan y se preguntan las últimas razones de la esperanza. Creo que es mucho más frecuente el otro peligro del que habla San Agustín: vivir sin esperanza o vivir con una esperanza sin fundamento. Eso es mucho más frecuente, el autoengaño de la cultura en el estado del bienestar en el que estamos, que hoy en día lo cubre todo, nos lo asegura todo, es como sustituir la esperanza por los deseos. Carecemos de esperanza y vivimos llenos deseos, lo cual obviamente no funciona pero ese es el paradigma, vivimos bajo el paradigma de las ensoñaciones vivas y de las esperanzas muertas, y es una gran contradicción, y de hecho la dolencia psíquica de la depresión caracteriza nuestro tiempo por esa gran contradicción: ensoñaciones vivas, esperanzas muertas.

Por ejemplo, lo típico hoy en día, un club pues de jóvenes o un colegio consigue que un futbolista afamado, que es admirado por los jóvenes, vaya a darles un testimonio a los chicos. ¿Y qué les dice?, lo que les dice es: «soñad, en esta vida es muy importante

soñar, ser soñador, sé atrevido en tus sueños, atrévete a soñar y esfuérzate.». Ese es quizás el paradigma, lo típico. Llega ahí el futbolista y todo el mundo dice: «Pues yo voy a atreverme a soñar como éste». El caso es que eso conduce al abismo, porque Messi solo hay uno y todos esos chavales, por mucho que sueñen, no van a llegar a ser profesionales, y se les está dando una perspectiva que es conducente a la quiebra interior.

Lo cierto es que nosotros entendemos que tenemos que no realizar nuestros sueños, sino descubrir la voluntad de Dios en nuestra vida, y eso cambia el paradigma completamente. Además también somos conscientes de que eso de «querer es poder» es falso, es pelagiano donde los haya, y que sin la gracia de Dios no somos nada. Luego, eso de «sueña y esfuérzate», son dos falsedades: ni es verdad que mis sueños son realidad, ni es verdad que solo con esforzarme voy a cumplir un objetivo. Creo que estamos en la segunda de San Agustín, en vivir con una esperanza sin fundamento. Creo que este es nuestro estado.

Por eso nosotros decimos que nuestra esperanza es teologal. Nuestra esperanza es Cristo, su resurrección, su parusía y, huimos de los falsos optimismos antropológicos, que además es curioso, que al mismo tiempo exista un optimismo antropológico y luego fácilmente, una desesperación. Aquí la presunción y la desesperación se suelen dar de la mano. No sé si habéis oído el chiste ese que dice: «Era uno tan gordo, tan gordo, que se caía de la cama a la vez por los dos lados». Creo que pasa algo por el estilo aquí: que podemos caer al mismo tiempo de presunción y de desesperación, de supuesto optimismo antropológico y luego de venirse abajo. Nosotros no partimos de un optimismo antropológico, de hecho, San Agustín nuevamente dice: «una cosa es amar al hombre y otra poner la esperanza en el hombre y tanta diferencia hay que Dios manda lo primero y prohíbe lo segundo». Nosotros estamos llamados a amar al hombre, no a poner nuestra esperanza en el hombre, porque sabemos que nuestra esperanza está en Dios y todos somos frágiles. Por lo tanto, nuestra esperanza es teologal, no es una utopía, es de la realidad de la resurrección.

Por lo tanto, que nadie piense que cuando nosotros decimos que huímos del optimismo antropológico, nos estemos refugiando en una visión pesimista. No somos pesimistas, partimos de un realismo antropológico, pero sobre todo partimos de la esperanza teologal. Esperar en Dios es lo sumo que podemos esperar, porque nosotros a Dios no le ponemos topes, poner tope a la esperanza teologal es hacerle tacaño a Dios, es no creer en su poder, es no creer en su misericordia. Nada es imposible para Dios. Fíjate si tenemos optimismo en la esperanza teologal, que esperamos que Dios nos haga santos. Eso sí que es esperar. Esperamos que Dios va a realizar la santificación de nuestras vidas.

Por lo tanto, la esperanza teologal es educadora de nuestros deseos humanos, de manera que va educando los deseos para que permanezcan abiertos a la trascendencia, para que apunten hacia la virtud teologal, para que las esperanzas humanas apunten a la esperanza teologal. De hecho, la etimología de la palabra «desear» es muy curiosa, porque desear, *desiderare*, *desiderium*, hace referencia a las estrellas, *sidera*, a mirar al cielo como la fuente de una plenitud añorada. Por lo tanto, el Señor educa nuestros deseos para apuntarlos a la trascendencia, a la esperanza teologal, y eso cambia nuestro tono vital.

El Papa Francisco dice: «La esperanza es como la levadura, lo que hace que el alma sea grande, te ensancha, te oxigena». Es obvio, te desagobia la esperanza teologal. La esperanza cristiana es vivir el presente desde el futuro que nos ha sido dado, desde esa promesa de eternidad que ya la poseemos por la fe, por la esperanza y por la caridad. Y eso nos permite vivir con otro tono vital. Para empezar, con una visión del pasado que está llena de gratitud, y con una visión del momento presente que es vista como un momento de gracia, Dios me da este momento de gracia, Dios me regala el día de hoy, es una ocasión de gracia.

Doy un paso más, la esperanza tiene virtudes morales ligadas a ella, principalmente son la paciencia y la perseverancia. En la Sagrada Escritura la esperanza va muy ligada a la paciencia. La paciencia es como la hija pequeña de la esperanza y, al mismo tiempo, la paciencia es también madre de la perseverancia. Si me permitís un poco la broma, podríamos decir que la esperanza es madre de la paciencia y abuela de la perseverancia, pero son claves, paciencia y perseverancia para la instauración del Reino de Dios, porque la instauración del Reino de Dios tiene muchos dientes de sierra, tiene muchos altibajos. La vida es corta, creo que todos tenemos esa experiencia, pero al mismo tiempo es lo suficientemente larga como para que en ella haya muchos altibajos, muchos dientes de sierra; entonces la paciencia y la perseverancia son clave. Decía Tolkien que “la vida es una larga derrota con atisbos intercalados de la victoria final a la que nos conducimos, de derrota en derrota hasta la victoria definitiva”. Lo cierto es que tampoco es cierto, que todo sean derrotas, pero sí hay muchos dientes de sierra. Por lo tanto, es importante que veamos que la virtud, está también unida a las virtudes morales. A veces hemos hecho una distinción, una separación entre virtudes morales y virtudes teologales. No, la esperanza da luz a la paciencia que da luz a la perseverancia.

Con lo cual tenemos que hacer una afirmación que Benedicto XVI hace en su encíclica: la relación tan estrecha existente entre la esperanza y el sufrimiento o la cruz. Hay una relación muy estrecha porque la esperanza no consiste en que uno espere a que pase la cruz para después ver la gloria. «Aguanta el chaparrón, y ya verás la gloria». No, yo no estoy esperando a que pase la cruz de mi vida para después ver la gloria, sino estoy llamado a ver la gloria ya en la cruz, como el Evangelio de San Juan refiere el misterio de la cruz, viendo también en ella la gloria. Y esto es clave, el abrazo a la cruz es clave para vivir la virtud de la esperanza. Sin ese abrazo a la cruz, la virtud de la esperanza teologal se desvirtúa. Cuando no se lleva la cruz de nuestra misión, tampoco se saborea la esperanza. Y esto ¿cómo se hace?, yo me atrevo a hablar de un triple paso. Yo cuando era pequeñito, fui educado en una familia que nos hablaba mucho de la confianza en el Corazón de Jesús, etcétera. Me acuerdo que cada vez que vivías una contradicción, un disgusto, un lo que sea, enseguida mis padres me decían: «venga, ofrécelo», me decían así rápidamente, «ofrécelo». Yo a veces me rebotaba un poco con ese «ofrécelo», porque claro, «ofrécelo» era como recurso para todo, fácil. Creo que hay un auténtico tesoro escondido, que es importante ahondar en él. Yo creo que hay como un triple paso para que ese «ofrécelo» sea algo verdadero y no sea una palabra, una frase hecha. Hay un triple paso.

Primero, en ese abrazo a la cruz, lo acepto por la fe; segundo, lo abrazo por el amor; y tercero, lo ofrezco por la esperanza. Las tres virtudes teologales están implicadas en el abrazo a la cruz. Lo acepto por la fe, porque sé por la fe que Dios está presente en esta situación. Lo abrazo con amor porque sé que el Señor me llama a enamorarme de

Cristo crucificado, como a San Francisco de Asís. Y lo ofrezco con esperanza porque sé que no hay nada inútil, todo confluye para la gloria de Dios unido a la ofrenda de Cristo. Por eso decíamos que no hay esperanza sin el abrazo a la cruz, que incluye la aceptación de la fe, el abrazo del amor y el ofrecimiento de la esperanza.

Hay muchos testigos de esto. Por ejemplo, creo que un testigo impresionante es el de Josefina Bakhita. Sabemos de su vida, ¿no?, nacida en Sudán en 1869 y cómo vivió en la esclavitud, y cómo esperó, y cómo vivió toda aquella situación de injusticia esperando en el Señor, y su esperanza no fue que viniese Espartaco, uno lo hubiese dicho en esa situación: ¡Que venga Espartaco!». No, esa no fue su esperanza. Su esperanza fue Jesús, que hizo que su humillación fuese dignificada y totalmente ofrecida a Dios en un abrazo impresionante a la cruz. Ella sabía que su único dueño era Dios nuestro Señor. Por lo tanto, nunca perdió la esperanza teologal. Sabía que Jesús no le había traicionado, sabía que en cada momento, le estaba configurando con Él en el abrazo a la cruz. Es un testigo de la esperanza impresionante, Josefina Bakhita.

Doy un paso más. En *Spe Salvi* se habla de que la virtud de la esperanza no está únicamente unida a la cruz, al abrazo en esperanza de la cruz, sino que la virtud teologal está también ligada a nuestra fe en el juicio de Dios, en que Dios hará justicia. La última palabra la tiene Dios. Dice *Spe Salvi*, «así tenemos que entender el juicio de Dios». Es curioso que nosotros rezamos en el Credo, «y vendrá como juez de vivos y muertos», etcétera. Pero tenemos que reconocer que a la palabra «juicio», a la palabra «juez», se le ha añadido un componente antipático muy grande. De hecho, te encuentras por ahí algunos misales, que algunos me he encontrado un poco antiguos, en los que algunos se han atrevido a corregir algunas palabras, algunas veces de la oración colecta, cuando dice: «Dios Todopoderoso», de repente alguien ha puesto «Dios todo bondadoso», se ve que alguien ha dicho: «voy a mejorar el original». También me he encontrado eso en el Credo, que alguno en su comunidad cristiana, en vez decir «vendrá como juez», ha tachado eso y ha puesto: «y vendrá como padre». Y digo: «Mejorando el original, tú». Pero detrás de eso, se esconde una falta de conciencia de que el juicio de Dios es nuestra esperanza. El juicio de Dios es nuestra esperanza: que venga Dios y haga justicia, el mal no tiene la última palabra. La última palabra es la justicia y la santidad de Dios. Por eso tenemos que pedir la gracia de no tener temor a su llegada y de tener esperanza en el juicio de Dios. La pregunta es si yo espero el juicio de Dios como el día de mi liberación o le tengo miedo como el día en el que se desenmascare mi vida de pecado. Una virtud teologal de la esperanza vivida sanamente en plenitud ama la llegada, la parusía, la llegada de Dios.

A este respecto, os refiero una anécdota histórica que en una ocasión escuché, a un director de ejercicios espirituales, que creo es muy luminosa. Todos sabemos lo que ocurrió los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, en Auschwitz y en tantos otros campos. Cuando se acercaba la liberación, cuando ya había noticias de que los rusos y los americanos se iban acercando, que la liberación iba a ser inminente, había una expectación y también un miedo de que fuesen asesinados antes de esa liberación. Y cuando llegó el día de la liberación, pasó paradójicamente lo siguiente: que no todos lo celebraron de la misma manera, porque en el sistema de los campos de concentración, para poder haber realizado esa subyugación, esa esclavitud tan grande, en el fondo habían sido muy pocos los guardias de las SS que habían estado allí presentes, muy pocos. Aquello fue posible porque habían buscado colaboración en internos, en presos, que a cambio de aliviarles un poco la vida, a cambio de darles

doble ración de comida o ropa un poco mejor, les habían convertido en colaboracionistas y en guardianes de sus hermanos; y entonces habían colaborado con aquella ignominia y, el día de la liberación para ellos no fue una fiesta, fue una fiesta para los que habían sido meramente víctimas. Pero para los otros, para quienes habían estado colaborando con aquel sistema, no les detenían porque llegaban los soldados y estos también eran presos, con lo cual detener no les detenían, eran presos, pero sin embargo, ellos ese día no gozaban de la liberación porque sabían que también ellos habían formado parte de la ignominia. Entonces, yo creo que esto es una buena referencia, un buen paradigma para darnos cuenta de que la única forma de esperar el juicio de Dios, esperar en Él, y no tener temor a su llegada, es viviendo el compromiso de no pactar con el mal en esta vida para aparentemente aliviar la espera de la llegada del Señor.

También creo que es muy importante lo que dice *Spe Salvi* referente al purgatorio. Yo os voy a decir que cuando yo leí esto en *Spe Salvi* me impactó. Dice Benedicto XVI, aclara que esto lo afirma no bajo la autoridad del magisterio, sino dice: «Esto es una opinión mía personal». Dice él que piensa que el estado de las almas al momento de la muerte no será el estar suficientemente purificados para poder ver a Dios, pero tampoco el tener una plena maldad de cerrazón ante la gracia, consciente y libre para recibir la condenación, dice: yo creo que el estado mayoritario de muchas almas será el estado de la purificación, la necesidad de la purificación para poder ver a Dios». Yo la verdad es que cuando lo leí, sentí una gran consolación, porque entendí también que el purgatorio es un estado de esperanza, y que oramos por nuestros difuntos porque tenemos esperanza de que al final la obra de la santidad de Dios se va a consumir a pesar de nuestras contradicciones, a pesar de que también hemos sido colaboracionistas en nuestros campos de concentración. Y Dios nos ofrece la misericordia de su purificación, en esta vida y en la siguiente. Y en esta vida, por cierto, las purificaciones se muestran de tantas formas.

Doy un paso más. En *Spe Salvi* se habla de la esperanza y la cruz, de la esperanza y el juicio, y se habla de la esperanza y la oración. Nuestra oración, es muy indicativa de la esperanza. San Agustín ilustró de forma muy bella la relación íntima que hay entre oración y esperanza. Básicamente lo hace de la siguiente forma, él define la oración: como un ejercicio del deseo, el hombre desea a Dios, el hombre ora. El hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él, por eso la oración es abrirte al deseo de tu corazón, que es la plenitud, que es Dios, pero ocurre que nuestro corazón es demasiado pequeño para esa gran realidad que Dios nos quiere regalar. Eso es una contradicción: yo tengo un deseo de infinito pero no tengo capacidad de recibirlo. Entonces ese corazón tiene que ser ensanchado. San Agustín explica: el modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior para hacernos capaces de Dios, para ensanchar nuestro corazón para recibir el don que Dios quiere darnos, hacernos capaces de Dios, hacernos capaces también de amar a los demás. O sea, que la oración es un ejercicio de ensanchamiento del corazón.

En la oración, el hombre aprende qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Tiene que aprender también que uno no puede rezar contra el otro por aquello de que dice: «que gane mi equipo, que gane mi equipo», hombre, los del otro equipo también tienen Dios. A veces nos ocurre también a nosotros eso: que rezamos contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales, tiene que entender que a veces, sus deseos le pueden estar alejando de Dios.

Todo eso tiene que purificarlo. Rezar no significa sino ensanchar nuestro corazón, rezar no significa retirarme a un rincón privado donde busco mi felicidad, sino significa convertirnos al designio de Dios y convertirnos en ministros de esperanza para los demás.

Hay un testigo también, igual que he dicho antes Josefina Bakhita, un testigo de la esperanza abrazando la cruz, un testigo de la oración que se vive para ensanchar nuestra esperanza, que es la del Cardenal Van Thuan. Yo creo que el Cardenal Van Thuan, en ese famoso librito *Los cinco panes y los dos peces*, nos da una enseñanza maravillosa de lo que es la oración para abrírnos a la virtud de la esperanza, leo dos párrafos de su libro:

«Durante mi larga tribulación de 9 años de aislamiento en una celda sin ventanas, iluminado en ocasiones con luz eléctrica durante días enteros, o a oscuras durante semanas, sentía que me sofocaba por efecto del calor, de la humedad, estaba al borde de la locura. Yo era todavía un joven obispo con 8 años de experiencia pastoral, no podía dormir. Me atormentaba el pensamiento de tener que abandonar la diócesis, de dejar que se hundiera todas las obras que había levantado con mucho esfuerzo para Dios. Experimentaba una especie de revuelta en todo mi ser. Una noche, en lo más profundo de mi corazón, escuché una voz que me decía: ***“¿Por qué te atormentas así? Tienes que distinguir entre Dios y las obras de Dios. Todo aquello que has hecho y querrías continuar haciendo: visitas pastorales, formación de seminaristas, religiosos, religiosas, laicos, jóvenes, construcción de escuelas, misiones... todo eso es una obra excelente, pero son las obras de Dios, no son Dios. Si Dios quiere ahora que tú dejes todas esas obras poniéndote en Sus manos, hazlo inmediatamente y ten confianza en Él. Él confiará tus obras a otros que serán más capaces que tú. Has escogido a Dios y no a sus obras”***. Esta luz me dio una nueva fuerza que ha cambiado totalmente mi manera de pensar, dice Van Thuan, y me ha ayudado mucho a superar momentos que físicamente parecían imposibles de soportar. Desde aquel momento, una nueva paz llenó mi corazón y me acompañó durante 13 años de prisión. Sentía la debilidad humana, pero renovaba esta decisión frente a las situaciones difíciles y no me faltó nunca la paz. Escoger a Dios y no las obras de Dios, este es el fundamento de la vida cristiana en todo tiempo».

Creo que Van Thuan es un gran testigo de la oración que nos purifica para recibir el don de Dios en la virtud teologal de la esperanza, lo cual supone una gran batalla de purificación en nosotros. Todos somos conscientes de la gran batalla que tenemos que librar para ser fieles a la oración, menuda batalla, para no anteponer nada a estar con el Señor.

Y por último, voy a concluir haciendo referencia a la esperanza Mariana. La iglesia cuida la esperanza velando por su pueblo y lo aprende de María. Ella recibió la encomienda de velar por nosotros, de cuidar nuestra esperanza, de cuidar dónde ponemos el corazón, ella es madre de nuestra vida espiritual. Yo me la imagino diciéndonos: «Oye, ¿dónde estás poniendo tu corazón? A ver, ¿dónde lo estás poniendo, en qué esperas, en dónde están tus esperanzas?». Ella es educadora de que nuestros deseos apunten a Jesucristo, apunten hacia su Hijo, que descubramos que detrás de todo deseo auténtico hay un deseo de Dios. Y que todos los deseos que no son auténticos tienen que ser purificados. Por María se reaviva la fe, se refuerza la esperanza, se difunde la

caridad. Ella es como una ventana de esperanza que Dios abre al mundo cuando el hombre le ha cerrado la puerta a Dios.

Es curioso, cómo el hombre ha cerrado la puerta a Dios y parece que Dios ha abierto una ventana. El domingo, el día de la Inmaculada, estuve por la tarde en Torrevieja, porque eran allí las fiestas, era la fiesta de la Inmaculada, y hubo una procesión. Y claro, como estaba Torrevieja llena de turistas a tope en el puente, yo no había visto una cantidad de gente así en mi vida junta, había decenas de miles de turistas y también obviamente de Torrevicenses, viendo la imagen de María. Yo pensé esta frase que es de Benedicto XVI en Fátima: «María es como una ventana de esperanza que Dios abre al mundo cuando el hombre le ha cerrado la puerta a Dios». Y la belleza de María, su fuerza de atracción acaba siendo iluminadora de nuestra esperanza. La belleza de María, su belleza espiritual, es una profecía de la felicidad que Dios nos quiere dar, y especialmente lo hemos mostrado, lo hemos vivido en la celebración de la Inmaculada Concepción.